

Posiblemente estén de acuerdo con el artículo de ABC del 23 de septiembre del 79, firmado por Antonio Garrigues, que termina diciendo que «La nueva derecha, con su crítica de la derecha tradicional, puede también, si supera las simplezas del neopaganismo y la idolatría de los genes, contribuir a la renovación de esa vieja derecha tan necesitada de ella como la no menos anquilosada izquierda vigente».

Pero Crozier también hablaba del «divorcio entre la clase dirigente y los jóvenes valores», quizá esto aletee en el fondo de algunos de los insultos de los que hacen ostensibilidad, recubiertos con ese lenguaje del llamado «pasotismo», quizá ilustre algunas páginas de *La Bañera*, que hace ya algunos meses que no cambian de agua y está ya podrida; quizá se encuentre en algún que otro manifiesto prefabricado para aparecer en las páginas culturales de los periódicos.

¡No son más que tres aldeanas sobre tres borricos!, le gritó el utópico Don Quijote al realista Sancho, cuando éste pretendía hacer pasar por Dulcinea y sus damas de honor a tres campesinas montadas en borricos. En este caso no han subido a las aldeanas en borricos, pero la verdad es que lo parecen.

## EL ANARCOCAPITALISMO Y LOS NEOLIBERALES JOSE ANTONIO ALONSO RODRIGUEZ

«Eu creio que dentro de uns anos a Europa enteira ha de ser un campo de experimentación de sociedades futuras; e creio tamén que, pra o desenvolvemento da humanidade, ista ha ser unha cousa útil e boa, do mesmo xeito que é boa que os nenos boten os dentes ou que os paxaros muden a pruma. O que non impide que nises interesantes periodos das súas vidas, o paxaro non cante e o neno berre adoecido de doctros.»

(Florentino L. Cuevillas, *Dos nosos tempos*, 1920.)

Resulta estimulante el sentirse inmerso en una época histórica de mutación, de cambio social, de crisis en todos los ámbitos y sentidos. Lo más atractivo de una época como la que vivimos radica, en mi opinión, en su demoledora capacidad para echar por tierra los viejos moldes, los viejos valores, las viejas pautas culturales y, con ellos, los caducos esquemas interpretativos, las teorías obsoletas. Inmerso en este proceso uno se siente ilusionado partícipe de una tarea liberadora que a nivel teórico consiste en poner todo «patas arriba», en desatar la capacidad crítica llevándola al cuestionamiento radical de cuanto resulta un lastre pesado para el libre razonamiento, en zambullirse en la indefinición, entendida no como ausencia de tomas de posición, sino como cuestionamiento constante de lo establecido. Junto a esta gratificacante tarea, y como la otra cara de este proceso teórico-destructivo, uno se sien-

te estimulado por el afán de búsqueda de nuevas formulaciones teóricas capaces de explicar cuanto pasa.

Hay quien se siente incómodo y confundido en medio de esta situación, se siente inseguro y desasistido de las muletas ideológicas en las que se había apoyado en su lento caminar por este mundo. No se da cuenta que esta fase de «incómoda confusión» es enormemente saludable, como paso imprescindible para abrir de nuevo un proceso creativo, libre de ataduras; un proceso capaz de desplazar las viejas teorías que, deformadas por la progresiva extinción del criticismo, se han convertido en muchos casos no sólo en moldes rígidos, incapaces de explicar los cambios producidos, sino también en superestructuras legitimantes de la estabilidad.

Parece evidente que en las épocas de crisis todas las fuerzas sociales con dinamismo intentan crear, segregan nuevos sistemas de pensamiento legitimadores de su práctica social, capaces de responder al «vacío» creado por la vieja estructura demolida. Por ello las épocas de crisis como la actual se caracterizan por su creatividad enfebrecida y apasionada o, dicho en términos más convencionales, se caracterizan por su profunda renovación y lucha ideológica.

Pero, en este proceso creador, no todos los caminos de búsqueda resultan enteramente originales y así, en el mercado, junto a productos si no acabados sí esforzados e imaginativamente trabajados, se ofrece bagatela y quincalla de imitación. En efecto, en algunos casos no se trata sino de restaurar viejos paradigmas, limpiarlos del polvo de los tiempos y presentarlos a la luz del combate arropados con las prendas más originales y aderezados con nuevas especies al gusto de la época. De esta forma, lo que en un esfuerzo de marketing se nos presenta como



nuevo, no es sino, como alguien acertadamente ha señalado, un «revival».

Este es el caso de la llamada «nueva economía», la corriente teórica impulsada por los «neoliberales» o, como un sector de los mismos se autodenomina, los «anarcocapitalistas».

La eclosión de esta corriente viene determinada por dos coordenadas explicativas básicas: la lucha contra las concepciones progresistas en el terreno de la economía y el intento de recomponer el pensamiento ortodoxo neoclásico, todo ello enmarcado en la profunda crisis (económica, política, monetaria, etc.) en la que se encuentra el capitalismo occidental.

Hasta ahora, el protagonismo de la producción teórica ha corrido a cargo de lo que do una forma genérica podríamos denominar «Izquierda ideológica» o «inconformismo progresista». Sólo la izquierda tenía —cuando la tenía— la capacidad crítica necesaria, elemento imprescindible para cualquier avance en el terreno de la teoría o de la investigación. Esta primacía teórica de la izquierda, resulta todavía más acusada en el campo de las llamadas «ciencias sociales», donde las elaboraciones y aproximaciones teóricas se ven mucho más lastradas por la carga ideológica del investigador que, en términos generales, en el caso de la derecha, tiende a convertirse en una práctica legitimación de lo establecido.

Este predominio señalado de la izquierda en el terreno de la producción teórica, en la economía se ha sustentado sobre la permanente puesta en entredicho de los fundamentos del sistema de pensamiento ortodoxo tradicional, que es el que ha servido de soporte teórico a la ideología liberal. No es, pues, extraño que la otra coordenada explicativa del resurgir «neoliberal» haya que si-

tuarla en la descomposición teórica del pensamiento ortodoxo en el terreno de la economía. Descomposición que se ve agravada cuando la realidad además de cuestionar abiertamente las bases sobre las que se asentaba el paradigma neoclásico, hace explícito el relativo fracaso de las políticas económicas ligadas a los planteamientos keynesianos en su aplicación a la actual crisis.

Frente a esta situación general se levantan las corrientes neoliberales. Su misión consiste, en esencia, en competir en el terreno de la producción teórica con la izquierda, con marxistas y antieconomistas, así como con las posiciones keynesianas que hasta ahora han dominado el panorama de la macroeconomía oficial. Como muy bien sintetiza Lepage —representante de los «neoliberales» franceses—, «...el conflicto político e ideológico del que actualmente somos testigos y actores es, desde hoy, inseparable del conflicto doctrinal y científico que enfrenta los economistas ortodoxos y liberales, por un lado, y los economistas contestatarios, marxistas o neomarxistas, por el otro» (1). Para llevar adelante esta lucha la «nueva economía» parte de una recomposición y actualización de la ortodoxia en el terreno de la economía, restaurando para ello los postulados doctrinales neoclásicos.

Pero la nueva corriente va más allá. El movimiento «neoliberal» se presenta a sí mismo como un «renacimiento científico aplicado al análisis de los hechos económicos, políticos y sociales». Su pretensión es la de constituirse en una interpretación globalizadora y universal del comportamiento humano. Para ello se parte de considerar la socie-

(1) H. Lepage: «Mañana, el capitalismo». Alianza Editorial, Madrid, 1979, pág. 11.

dad como una mera yuxtaposición de pequeños robinsones cruceos sometidos a sucesivos procesos de decisión individuales, de tal forma que la conducta de cada uno sería racionalizable a partir del paradigma del *homo economicus*, como expresión del individuo «evaluator, inventivo y maximizador».

Este movimiento tiene su origen en Norteamérica y su base logística en la Universidad de Chicago, desde la cual ejercieron su influencia teórica hombres como F. Knight, que, con J. Viner y H. Simons, fue uno de los auténticos propulsores de la «escuela de Chicago», Th. Schultz, H. Gregg Lewis y, por supuesto, como representante más genuino o influyente de la «escuela», Milton Friedman, auténtico jefe e inspirador principal del «espíritu de Chicago».

El movimiento se ha extendido posteriormente a Francia, cuna de la «nueva filosofía» con la que esta corriente presenta tantas vinculaciones, donde destacan, entre otros, hombres como H. Lepage, miembro del Institut de l'Entreprise; M. Riboud, J. Rosa o J. P. Revol, director de *L'Express*, etc.

En España, la presencia de esta corriente teórica es todavía limitada, teniendo entre sus representantes a P. Schwartz, catedrático de Historia de las Doctrinas Económicas de la Universidad Complutense; a Ferrnando Hernández Iglesias, profesor de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales de la Universidad de Sevilla, y a Alfonso Carbajo, antiguo profesor de la Universidad de Santiago y hoy técnico comercial del Estado. En cualquier caso, si es necesario constatar el retraso con que esta nueva corriente llega a nuestro país, resulta también conveniente subrayar la vigorosa campaña desarrollada desde hace dos años para su promoción entre nosotros. Así, y como hitos fundamentales de su presentación pública en



la escena del debate teórico, podríamos señalar las diferentes ponencias presentadas al Seminario Internacional «El sector público en una economía de mercado», celebrado en Madrid en 1978; las declaraciones de organizaciones patronales y artículos de prensa habidos con motivo de la discusión de los Presupuestos Generales del Estado, la reunión de la Sociedad Mont Pelerin celebrada en Madrid en septiembre pasado y presidida por el premio nobel Alfred Hayek, así como el encuentro convocado por la Cámara de Comercio y la Fundación Universidad-Empresa el pasado enero, que constituyó, de hecho, una auténtica reunión-cumbre de los «neoliberales» franceses y españoles.

El punto de partida de los «nuevos liberales», a nivel metodológico consiste en la generalización de las teorías microeconómicas neoclásicas, entendiendo por microeconomía no sólo el campo restringido del análisis de los problemas de formación de los precios en una economía de mercado, sino como un concepto más amplio referido a la «teoría general de las opciones y de las conductas humanas en un sistema de interacciones sociales» (2). A partir de este presupuesto metodológico las aportaciones de la escuela «neoliberal» se desarrollan en cuatro grandes áreas. La primera de ellas es el área de la *teoría monetaria*, quizá el área mejor conocida por cuanto jugó un papel clave en dar a conocer la nueva escuela en su polémica con los keynesianos acerca de la validez de los respectivos instrumentos de política económica. El segundo campo en el que se desarrolla la escuela «neoliberal» es en todo lo que afecta a la *teoría del capital humano*. El desarrollo de esta teoría se encuentra aso-

(2) *Ibidem*, pág. 37.



ciada a nombres como Schultz, Mincer, Cain y, sobre todo, Gary Becker. Dicha teoría, si bien en un principio nace como un intento de explicar la formación, desarrollo y acumulación del capital humano, pronto se extiende a toda otra serie de campos (teoría del consumidor, de la familia, etc.) no estrictamente mercantiles, pero que igualmente se hallan afectados por el estudio del comportamiento racional del individuo. Como señala Gary Becker: «En la actualidad, el campo del análisis económico se extiende al conjunto de las conductas humanas y de las decisiones correspondientes» (3). En todos los casos se trata de presuponer un comportamiento maximizador y racional del sujeto, sometido, cual Robinson en una isla, a un proceso individual de decisiones en cadena que son objeto de racionalización y formación teórica. La tercera gran área la constituye el llamado «movimiento de los derechos de propiedad», cuyo desarrollo está unido al nombre de R. Coase. El postulado básico de esta teoría consiste en la consideración de que las estrangulaciones de nuestra época no son debidas a la lógica capitalista cuanto a la ausencia o insuficiencia de la extensión del capitalismo, entendiendo por tal la generalización de la propiedad privada y de la libre decisión de los agentes económicos. La existencia de bienes públicos o la interferencia del Estado en las decisiones que corresponden al libre propietario, constituyen los blancos de ataque fundamentales de esta teoría.

La cuarta gran área de desarrollo de la corriente «neoliberal» la constituye la escuela del «Public Choice», que está unida a los

(3) G. Becker: «The Economic Approach to Human Behaviour». París, 1977, tomado de H. Lepage, *op. cit.*, pág. 21.

nombres de Buchanan y Tullock, y cuyo objeto de estudio se centra en el análisis de las consecuencias políticas e institucionales que se derivan del paradigma liberal.

El campo de desarrollo teórico del neoliberalismo no es homogéneo, produciéndose en su seno diferentes corrientes con matices hasta cierto punto contradictorios. No parece éste el lugar más apropiado para detenernos a analizar cada una de estas corrientes o a hacer un estudio detallado de cada uno de sus postulados teóricos, pero sí parece conveniente detenerse a reflexionar sobre las consecuencias que se derivan de los principales postulados «neoliberales», así como los rasgos que los definen y caracterizan en su ofensiva actual.

Uno de los postulados básicos en el que coinciden las diferentes corrientes neoliberales consiste en su declarado antiintervencionismo. Todos coinciden, como señala Schwartz, en «rechazo a la teoría angélica del Estado».

En efecto, en el nombre de la eficiencia económica y en supuesta defensa de la libertad política, los neoliberales se han lanzado a una campaña desaforada contra la intervención del Estado en la economía. Como afirma Haberler en la reunión de la Sociedad Mont Pelerin, el presente malestar económico no debe de atribuirse a «presuntos fallos del capitalismo, sino a la acción de los gobiernos» (4). En este sentido se consideran profundamente antikeynesianos, llegando al punto de afirmar, como hace Hayek, que «el culpable de todos nuestros problemas actuales es Keynes» (5).

(4) Tomado de G. R. Cabrero: «El Estado deudor y el retorno de los liberales». Inédito, pág. 12.

(5) *Ibidem*, pág. 13.

La alternativa que los «neoliberales» ofrecen a este estado de cosas consiste en un retorno —caso de que alguna vez haya existido— al libre mercado, al libre juego de las fuerzas del mercado, proceso paralelo al progresivo desmantelamiento del Estado benefactor. Mantener el actual nivel de intervencionismo sería, en palabras de Hayek, continuar «por el camino de la servidumbre... de la fantasmagoría igualitaria y planificadora» (6).

A partir de estos presupuestos, conviene que nos preguntemos por la significación y consecuencias de las posiciones «neoliberales» en el terreno de la política económica, poniéndolas en relación con la actual crisis, como factor determinante de la situación económica.

Parece obvio que el mítico retorno al «libre mercado», cuando se formula sobre las bases de una economía como las que existen en el Occidente capitalista en las que el poder económico —y, por ende, el político— no encuentra altamente concentrado y crecientemente centralizado, donde los monopolios y las compañías transnacionales controlan mercados enteros, resulta, cuando menos, un cruel eufemismo. Tras estas expresiones lo que en realidad se está defendiendo es, en primer lugar, la libertad plena para la absorción de unos capitales por otros, para la reestructuración al mínimo coste de empresas y sectores, para favorecer el proceso de centralización y concentración del capital imprescindible para el aumento de las tasas de ganancia del capital mejor preparado. En suma, favorecer al más fuerte monopolios y transnacionales— obviando los costos que tal política pueda comportar

(6) *Ibidem*, pág. 14.



tanto a nivel regional como sectorial, incluido el hundimiento del capital no ligado a los grandes centros de poder económico. En segundo lugar, esta vuelta al «libre mercado» implica una defensa de las tasas de ganancia a partir de la aplicación de políticas tendentes a la reducción de los costes del factor trabajo, a través de toda una serie de normas que suponen la liberalización del mercado de trabajo, como la flexibilidad de plantillas, el despido libre, etc., aun cuando ello comporte un incremento del número de parados.

Por último, y como telón de fondo básico, es necesario considerar que tras la propuesta de retorno al «libre mercado» lo que se defiende es las relaciones de poder establecidas en la actual sociedad, así como las desigualdades permanentes y crecientes en la distribución de las rentas, por cuanto parece un hecho comprobado que el venerado mercado, lejos de corregir, tiende a reproducir y amplificar dichas desigualdades. No es extraño que, en esta línea, los «neoliberales» se manifiesten como unos profundos antiigualitaristas. «Ponerse de acuerdo —manifiesta Hayek— para repartirse el botín que una mayoría consigue arrollando a una minoría de sus conciudadanos, o para decidir cuánto hay que quitarles, no es democracia, o al menos no corresponde al único ideal de democracia que tiene justificación moral, porque democracia no es igualitarismo, pero la democracia ilimitada está fatalmente destinada a serlo» (7). En esta línea se critica muy especialmente la labor redistributiva del Estado y sus capítulos en que opera como «Estado benefactor» destinado a satisfacer



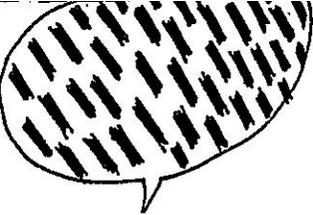
algunas necesidades sociales mínimas. No es extraño, a partir de estas posiciones, que Hayek critique muy especialmente el concepto de justicia social, afirmando que no se trata sino de «una simple fórmula vacía, utilizada cuando se quiere dar por sentado que una determinada pretensión está justificada sin dar razones para ello» (8).

En suma, los postulados de política económica de los «nuevos liberales» se pueden sintetizar en la defensa de la libertad para avanzar en el proceso de concentración y de concentración de capital a nivel mundial, libertad para restaurar las tasas de beneficio disminuyendo los costes del factor trabajo y, por último, desmantelamiento del «Estado benefactor» y con ello drástica reducción de los servicios sociales del Estado. En definitiva, apoyo en la crisis a los más fuertes —que son el capital monopolista y transnacional, no se olvide— al margen de los costes sociales que ello comporte. No es extraño que, partiendo de semejantes formulaciones, se produzca una coincidencia entre los postulados «neoliberales» y las posiciones defendidas por las grandes patronales europeas. Especialmente significativo es la coincidencia entre tales postulados y las posiciones del capital transnacional; a este respecto es necesario hacer referencia a la ponencia en la Trilateral de P. Schwartz, uno de los principales representantes de los «neoliberales» españoles. Diríamos, sintetizando, que las posiciones «neoliberales» son la expresión teórica de las posiciones más agresivas del gran capital en su política frente a la política económica.

Esta agresividad no sólo viene dada por el contenido de las posiciones de los

(7) F. A. Hayek: «Democracia, justicia y socialismo». Unión Editorial, S. A., Madrid, 1977, pág. 23.

(8) *Ibidem*, pág. 38.



«nuevos economistas», sino también por algunas de las principales características con las que tales posiciones se recubren y se presentan. Entre ellas señalaría como fundamentales:

— En primer lugar, su pretensión de cientifismo excluyente. Para los neoliberales todo comportamiento de la persona resulta reducible a un proceso decisional a nivel del individuo que puede ser objeto de racionalización y formalización teórica, de tal forma que, en base al paradigma del *homo economicus*, se desarrolla toda una teoría que abarca las más dispares áreas del comportamiento humano. Gary Becker señala al respecto que «hablar de irracionalidad de los seres humanos es a menudo sólo una coartada de los científicos para ocultar su incapacidad para explicar determinados fenómenos» (9). De esta forma el objeto de conocimiento científico de las ciencias sociales es para los neoliberales la racionalización de la relación entre el individuo y los bienes y servicios sobre los que se decide para maximizar la satisfacción. Se trata, por tanto, de una relación técnica «individuo-bienes». No es extraño, por tanto, la ausencia de todas aquellas categorías que hacen referencia a las relaciones sociales —clases sociales, relaciones de producción, etc.—. Por supuesto, la pretensión científica de los «neoliberales» se refuerza con la descalificación retórica a la que someten a otras metodologías y, muy especialmente, al marxismo. A menudo, en el discurso teórico neoliberal la sofisticación y complejidad del lenguaje formal intenta ocultar la vaciedad de sus proposiciones y, en todo caso, la falta de realismo de las mismas.

(9) G. Becker: *op. cit.*, pág. 23.

— En segundo lugar, las nuevas corrientes liberales han hecho un esfuerzo por adaptarse a los cambios y demandas teóricas del momento, abarcando toda una serie de temas que antes estaban vedados a los planteamientos liberales tradicionales. Como pretende Lepage, las corrientes «neoliberales» «aportan una mina inagotable de contraargumentos y de refutaciones científicas... en el mismo terreno en donde estos movimientos contestatarios incitan al debate» (10).

— Por último, la «escuela neoliberal» en compañía de corrientes radicales cuyo planteamiento aparente al sistema resulta feroz. El ejemplo más evidente del nacimiento de estas corrientes sería el caso de R. Mac Bride, candidato a la presidencia de los Estados Unidos por los «libertarios». Esta corriente pretende reconciliar una doctrina aparentemente contestataria (libertad de uso de la droga, rechazo del servicio militar, libertad de costumbres, etc.) con una defensa racional de la sociedad capitalista. Su objetivo declarado es hacer desaparecer el Estado pero, no así, en el marco de un sistema social capitalista, resultado de la generalización de la propiedad privada. De aquí que ellos mismos se autodenominen «anarcocapitalistas».

Como se ve, se trata de una ofensiva en toda regla de la derecha en el terreno teórico dentro de la economía. Pero una ofensiva cuya especial agresividad responde a las nuevas formas con las que ésta se presenta, buscando aparentes atractivos para captar el consentimiento de muchos sectores y seducir a una *Intelligentsia* sobre la que la derecha había perdido prácticamente su influencia. Los ropajes y el maquillaje no nos pueden, sin embargo, ocultar la cruda realidad

(10) H. Lepage: *op. cit.*, pág. 46.

del contenido: la defensa más feroz del capitalismo y de los grupos dominantes. Como señala Lepage: «...los que defienden el liberalismo en el plano político han de tomar conciencia de las estrechas relaciones que unen a la filosofía liberal con los fundamentos científicos de la sociedad capitalista (11).

Así, pues, asistimos en los momentos actuales a una ofensiva de la derecha que podría calificarse de pluridimensional, en el campo de la filosofía —los «nuevos filósofos»—, de la economía —los «nuevos liberales»—, de la política —algunos «radicales» o los «libertarios» americanos—, etc., todos estos movimientos están caracterizados, bajo su aparente estilo renovador y contestatario, no sólo por la defensa obstinada de la estabilidad del capitalismo, sino también por legitimar la especial agresividad de las políticas del gran capital transnacional en la presente crisis económica. Analizar y desentrañar el auténtico contenido de estas «nuevas» corrientes me parece una tarea clave en el actual momento para todo intelectual comprometido.

(11) *Ibidem*, pág. 12.

## CULTURA-CULTURA Y DERECHA-DERECHA FERNANDO SAVATER

«Mas ya está todo perdido;  
yerbas comeré afligido,  
aunque llegue a presumir  
que algún mayo he de parir  
por las flores que he comido.»

(Tirso, *El condenado por desconfiado*.)

Vorán ustedes cómo es la cosa: se habla de una ofensiva cultural de la derecha, en Europa en general y hasta en este país. Una ofensiva cultural en España! Bueno, no es una corriente en los últimos lustros, así que bienvenida sea, incluso si la trae la derecha. Además, imagínense, la derecha española ofendiendo *culturalmente*... la vida guarda sorpresas maravillosas. Adelante, amigo, y que sea para bien. Ahora habrá de purgar la izquierda sus muchos pecados de mala cultura; el principal castigo que merecerá sufrir es que nadie le va a creer cuando ella: «¡que viene la derecha!». Es natural, no para de gritarlo desde hace tantos años... A fin de cuentas y bien mirado, todo resulta un sor de derechas para los molosos paranoicos de la izquierda incorruptible: ¿el marxismo?, nihilismo pequeño-burgués; ¿el psicoanálisis?, la repugnante decadencia del individualismo obscuro; ¿Camus?, un anticomunismo visceral al servicio de la guerra fría; ¿Montalvo?, un nuevo místico; ¿Marcuse?, un agente de la CIA; ¿Mayo del 68?, infantil-

